

Raúl Silva Castro

Ensayo sobre Daniel Riquelme



EXTRAÑO me resulta escribir estas páginas de evocación de un escritor chileno con motivo del centenario de su nacimiento. ¡Cien años! De Daniel Riquelme, el autor a quien se refieren estas notas, no conservo, a fuerza de leerle, otra imagen que una muy juvenil, la del escritor espontáneo, desembarazado, fresco, bullente, aficionado más al chascarro irónico que a la teoría sobre las cosas y sobre los hombres; escritor, en fin, de los que no envejecen como tales porque su obra, siempre risueña y activa, conserva algo orgánico que parece llamado a no debilitarse ni extinguirse con el paso del tiempo. Pero entre el escritor y el hombre, aun cuando haya nexos muy estrechos, grábanse algunas profundas diferencias. El hombre perece, y el de nuestro cuento, Riquelme en fin, tuvo además una existencia corta. Pudo en ella ser eficaz funcionario, periodista activo y corresponsal de guerra en los días de las campañas del ejército chileno sobre las costas peruanas. Lo que de él persiste en la memoria son las páginas del cuentista y del escritor de artículos de costumbres, del melancólico evocador de los días de su infancia, transcurridos todos en las calles de Santiago, y esas páginas no se han marchitado. Forman parte no sólo de nuestra historia literaria, que en ciertos aspectos habrá de parecerse cada vez más a un in-

sectario repleto de disecadas mariposas, sino también de la tradición santiaguina. Porque en el cronista de la urbe se divisa un amable y simpático divulgador de los pequeños secretos de la ciudad donde se mecía su cuna desde un día del año 1857 en que vio la luz. Y hay en él picardía, gracia, amabilidad, inclinación a los aspectos risueños y simpáticos de la vida, así como una correlativa grande animadversión hacia los hombres graves, los teorizantes, los dogmáticos y los aventureros.

Decíamos que Riquelme había nacido en Santiago en 1857; cinco años antes vino al mundo su hermano Ernesto, que alcanzó a dejar noticia de producciones juveniles en verso y que siendo tripulante de la "Esmeralda" murió en Iquique el 21 de mayo de 1879. El cronista sobrevivió para recordarle no pocas veces en sus artículos, como ligera sombra de duelo y de melancolía que pasa en medio de las evocaciones de su pluma, generalmente ligeras y aun humorísticas.

Daniel Riquelme hizo estudios de humanidades en el Instituto Nacional y cursó los primeros años de leyes sin lograr el título de abogado a que aspiraba. Siendo alumno del cuarto año del Instituto inició la publicación de un periódico de estudiantes, *El Alba*, en que colaboraron no pocos escritores jóvenes que como él se iniciaban en las letras. Asociado al escritor boliviano Luis Salinas Vega fundó en seguida la revista de literatura denominada *El Sud América*, en 1873, y el mismo año, en unión del poeta colombiano Adolfo Valdés, el periódico teatral, de crítica y de sátira literaria de actualidad, *El Entreacto*. Sucesivamente fue, más adelante, cronista y redactor del diario *El Heraldo*, de Santiago, y corresponsal literario de *El Deber*, de Valparaíso, *El Correo*, de Quillota, y *La Reforma* de La Serena.

En 1875 entró en la administración pública como oficial de número del Ministerio de Hacienda. Al estallar la Guerra de Pacífico salió de Chile en calidad de corresponsal de *El Heraldo*. Asistió a diversas acciones de guerra y se encontró en las batallas de Chorrillos y Miraflores, que dieron al ejército chileno paso libre a Lima,

en el papel de ayudante de las ambulancias de la Cruz Roja y del servicio sanitario del ejército. Tres días después de la entrada a Lima, fundó de orden superior el diario *La Actualidad* con el objeto de servir de intérprete a la administración militar establecida en la capital peruana bajo la dirección del general Lynch. En colaboración con Isidoro Errázuriz escribió una relación de los sucesos políticos y militares y de los episodios de guerra ocurridos en las batallas finales de esa campaña y en la ocupación de Lima, relación que el gobierno de Chile hizo traducir a diversos idiomas y distribuir en otras naciones. Después de *La Actualidad*, Riquelme fundó, en compañía de Salvador Allende Castro, el diario titulado *La Situación*, y en 1883 se dio a esta publicación el nombre que propiamente le convenía de *Diario Oficial*. Fue también nombrado secretario de la Aduana del Callao y más adelante prestó importantes servicios al ejército en la campaña de Arequipa.

A su regreso a Chile reanudó sus colaboraciones en la prensa y con algunos recuerdos de la guerra formó el libro de *Chascarrillos militares*, conocido mejor, después, con el título de *Bajo la tienda* y que ha sido reeditado muchas veces en años posteriores. En 1887 y en períodos siguientes colaboró en los diarios santiaguinos *La Epoca* y *La Libertad Electoral* con series de artículos literarios y de cuadros de costumbres, que en gran parte han quedado sin recoger hasta hoy, si bien algunos pasaron al volumen de *Cuentos de la guerra* (1930). En 1888 fue ascendido a la dignidad de jefe de sección en el Ministerio de Industrias y Obras Públicas que acababa de ser creado, y en 1897 pasó a Bolivia a servir el cargo de secretario de la Legación de Chile. A su regreso se le nombró subsecretario del ya mencionado ministerio, sin perjuicio de lo cual el periodista proseguía sus publicaciones en los diarios.

En 1912, alarmado por un antigua afección a la garganta que amenazaba dejarle afónico, hizo viaje a Europa para someterse a tratamiento médico. El gobierno subvencionó indirectamente este viaje nombrándole inspector de consulados, sin sede fija, lo que permitiría al funcionario reanudar sus tareas habituales al regresar al país.

Pero la enfermedad había hecho insidiosos progresos y Riquelme no pudo volver: falleció en Lausana, Suiza, el 9 de agosto de 1912.

* * *

La bibliografía de Daniel Riquelme es muy reducida si se atiende al número de los libros publicados durante su vida. No se cuentan sino los siguientes: *Chascarrillos militares*, 1885. Una nueva edición de este libro, lanzada en 1888, aunque sin fecha en la portada, innovó en el título, ya que en lugar de *Chascarrillos militares* aparecía titulado *Bajo la tienda*, que es el que se le ha seguido dando en ediciones posteriores; y también en el contenido: los trece chascarrillos de la primera edición pasaron a veintitrés en la nueva; *El incendio de la Iglesia de la Compañía el 8 de diciembre de 1863*, 1893; *La revolución del 20 de abril de 1851*, 1893; *Compendio de Historia de Chile*, 1899; *El terremoto del Señor de Mayo*, 1905. El *Compendio* mencionado es un liviano resumen de la *Historia general de Chile*, de Barros Arana, y le fue encargado a Riquelme por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública don Julio Puga Borne, que lo creyó adecuado para texto de lectura en las escuelas primarias y en los liceos fiscales.

Después de la muerte del autor se han publicado *Cuentos de la guerra y otras páginas*, 1930, que figura como volumen XII de la Biblioteca de Escritores de Chile, y *Páginas de sangre de la historia de Chile*, 1932. En aquella publicación de la Biblioteca de Escritores se comenzó tímidamente la recolección de colaboraciones dispersas en la prensa, labor que también se observa en las *Páginas de sangre*. En todo caso, como puede verse en la bibliografía con que termina *Cuentos de la guerra*, muchos son los artículos jamás recogidos en libros y que bien podrían acopiarse en series coherentes.

Es posible que en la obra periodística de Riquelme una investigación acuciosa descubra más adelante novedades que no han sido hasta hoy registradas. Pero tal vez se encuentre poco, ya que el es-

critor prefirió siempre firmar sus producciones, y de esta práctica hizo elogio especialmente dirigido a sus compañeros de prensa.

Cuenta *Pedro Sánchez*, esto es, Pedro Belisario Gálvez, el viaje que hizo al sur una comitiva de personajes oficiales a quienes acompañaba un séquito de periodistas, inclusive los fotógrafos que debían conservar testimonios gráficos de la peregrinación. Durante ella se pasó por Valdivia y Osorno, se comió un curanto en Corral y ya en la vuelta a Santiago se hizo alto en Lota para admirar el parque levantado junto a las minas. “Y fue ahí donde se efectuó el contacto intelectual, el conocimiento estrecho con el queridísimo escritor”, a quien antes Gálvez había llamado el *enfant gâté* de aquella comitiva. Todos los periodistas presentes en una segunda mesa, menos convencional que la primera, reservada a los huéspedes de alto coturno, aceptaron en el acto que era Riquelme quien debía presidirles, y a él fueron todos los tributos de la simpatía.

“Demostración igual no he visto —comenta *Pedro Sánchez*—. Parecía un banquete dado a él, una manifestación pura y exclusivamente hecha en su honor. ¿Cuántos hablaron? Deben de haber sido todos. Recuerdo que entre otros Herman Echeverría pronunció una improvisación que nos conmovió profundamente: habló de la juventud santiaguina que abría paso a *Inocencio Conchalí*, cuando atravesaba por su calle favorita —la calle de Huérfanos—, pronunciando su nombre con respeto y con amor, porque era el poeta en prosa del soldado chileno”.

.....

“Contestó Daniel Riquelme, y en su discurso galanísimo en la forma vertió no sé qué gotas de serena melancolía. Habló para todos, pero especialmente para los periodistas, para los que vivimos de la pluma.

“—Firmen sus artículos —nos decía con voz de viejo y autorizado amigo—, que esa es a veces la sola compensación del que escribe para el público, y porque éste necesita conocer a quien lo deleita o lo instruye. Yo mismo, cuando veo un artículo hermoso, siento

el deseo vivísimo de conocer a su autor. Firmen sus artículos: aprendan de los periodistas franceses”.

Y aquella melancolía a que se refirió antes Pedro Sánchez quedó subrayada después del almuerzo, mientras se paseaba por el parque de opulentos matices:

“...Allí, en dulce camaradería, abrió su corazón a aquellos hermanos menores suyos, que le querían de verdad. Supo que casi todos eran casados, y que algunos tenían hijos.

“—¡Felices vosotros! —exclamó—. Casarse, tener hijos: he ahí la verdadera felicidad, he ahí la vida. ¡Yo no he sabido vivir! Ya es tarde...” (1).

Volviendo a nuestro tema diremos que la producción de Riquelme está en los diarios generalmente firmada con el seudónimo *Inocencio Conchalí*, que señala *Pedro Sánchez*, cuyo nombre de pila por lo común quedaba reducido a la inicial I. Algunos aparecen, además, en *El Mercurio* de Santiago, firmados con el seudónimo *Viejo Santiaguino*, que decía muy bien sus gustos y el género en que incidían. De vez en cuando, finalmente, llevado el escritor de su propensión al diálogo, a la discusión, a la charla animada, al cambio de ideas, al contraste no hiriente de opiniones, desdoblaba su ser en dos, y mientras una de sus mitades firmaba con el primer seudónimo, la otra mitad le replicaba bajo el nombre de *Cándida Conchalí*. Esta era, según declaraba el autor, su prima, una persona muy querida, que sabía muy bien cuáles eran sus gustos y sus lados flacos y que, por eso mismo, guardaría fina discreción sobre todo lo que al contradictor pudiera herir o alterar siquiera. Con estos tres seudónimos hay, pues, que buscar y recoger la obra dispersa que ha quedado en los diarios.

* * *

La infancia del chico, que vivía a la sazón en la calle Merced, fue evocada más tarde por el hombre maduro en un artículo de

(1) *El Diario Ilustrado*, 11 de agosto de 1912.

costumbres lleno de nombres propios útiles para recordar al vecindario de Santiago en aquel barrio principal. Uno de sus cuadros señala en la casa la existencia de un patio cruzado por la inevitable acequia.

“Tenía aquella casa un gran huerto y en él una acequia como de molino. En las tardes de primavera, llegaban millares de chirigües que hacían caer de los árboles una alegre nevazón de flores blancas y rosadas.

“Siempre me pregunto, al pasar, si volverán todavía o habrán como yo emigrado a lejanas tierras.

“Aquel huerto se anegaba con frecuencia, quedaba como un mar en cuyas olitas flotaban bateas y tiestos de todas layas. Creo que aquellos diluvios caseros fueron la primera visión tentadora del océano que tuvieron mis hermanos.

“En cuanto a mí, creo también que fue entre el ramaje de aquel huerto, donde aspiré las ráfagas de cierto romanticismo que hasta ahora me persigue como un síntoma de tisis, junto con otro signo de vocación religiosa que algún día —así lo espero— me ha de llevar al claustro: mi amor por la soledad y la pereza” (*Mi calle*, 1887).

En otra parte evoca las transformaciones que hubo de sufrir el hogar a la muerte del progenitor. La madre del futuro cronista de Santiago, doña Bruna Venegas, tenía una pequeña escuela de primeras letras en la cual enseñaba a los chicos del vecindario, y al faltar su marido fue preciso ensanchar el establecimiento. Pero fue la ausencia temprana del padre la que siguió prodigando en el alma sensible de Riquelme un vaho de emoción y de ternura, cual se ve en estas líneas:

“Me cuentan que en aquella ocasión murió mi padre. No tengo idea de esa catástrofe de mi hogar que obligó a la señora del capitán a tomar el mando de la nave...

“Cuando hablo de mi padre siento algo como la nostalgia de un país que no he visto nunca; más no sé lo que es un padre. El extraño vacío, una hambre rara que existe dentro de mí no alcanza

a darme noción de ese amor, así como la sed no puede revelar el sabor del agua a quien no la ha bebido" (*Mi calle*, 1887).

Después el santiaguino por excelencia, que prefería pasear por las calles viendo rostros nuevos a muchos otros motivos de atracción que se le pudieran ofrecer en la ciudad de su nacimiento, puso casa por su cuenta, pero prefirió una extensa, grande, que también tenía patios abiertos como la casa de la infancia. Allí criaba de todo, desde la tímida madre selva, hasta las aves de corral, con cuyos juegos se entretenía no poco. Lo dice en un artículo espléndido, *Mi corral*, escrito en 1889.

"Desde que abro, ya me saluda el sonoro aleteo de tantas alas que se agitan alegremente; todas me conocen y todas a mi alrededor se precipitan en confuso tropel; los patos remolinean a mis pies; los gansos me miran casi cara a cara, alargando sus cuellos largos y sedosos; las gallinas, así retraídas y salvajes como son, comen en mis manos; mis gallinas inglesas, tan señoritas y tan lindas, picotean los dibujos de mis zapatillas, y hasta el pavo, a la cabeza del rebaño de sus esposas, también me picotea las piernas, sobre todo cuando visto pantalones a cuadros.

"Saben que les llevo un banquete de migas de pan, que no están en las distribuciones reglamentarias del claustro en que viven, y de ahí su alegre alboroto.

"Reconozco en todo eso un poco de egoísmo, cuasi racional, pero como voy del mundo me encojo de hombros. ¿Qué podría echarles en cara a mis gallinas cuando conozco a los hombres?

"Por lo demás, nunca me he dado la pena de buscar en las acciones que me agradan el móvil que las impulsa. Como lo que me dan, si es bueno. ¿A qué pensar en los detalles de la cocina?

"Este es también el parecer del reducido mundo de seres que visten su traje del paraíso por no haber tropezado en su camino con ningún árbol de frutos prohibidos".

Un testimonio de tercero permitirá saber cómo era aquella casa en que Riquelme recibía con frecuencia a sus amigos para ofrecerles la hospitalidad de su mesa, en la cual era abundoso tanto como en

la charla. Al morir fuera de Chile el cronista, su colega Joaquín Díaz Garcés decía en *El Mercurio*:

“La casa de Riquelme era siempre un curioso rincón donde se anidaban sus pocos afectos y sus muchos recuerdos. En los estantes aparecían los libros nacionales que le hablaron tempranamente al alma, uno que otro autor extranjero favorito que entraba en su radio de observación naturalista e irónica de la vida, colecciones de los periódicos donde su pluma fue desgranando perla por perla un sartal de visiones llenas de humor y colorido. En los muros había retratos, muchos retratos. Hombres y mujeres desfilaban en las pálidas pruebas fotográficas que siguieron a los daguerrotipos de antaño; hombres y mujeres que estaban asociados a la crónica juvenil e inédita de otros tiempos”.

Y algo más, también, sobre el ambiente gastronómico de la casa en donde el escritor reconocía su corral:

“La mesa de Riquelme, la cocina de Riquelme, el jardín de Riquelme tenían sorpresas para el visitante; la receta olvidada de un plato nacional transmitido por tradición oral de padre a hijos; la vieja cocinera chilena que no abandonaba la fuente de barro para el pescado de Cuaresma, ni el lebrillo de Talagante para tostar el café; y el fiel pavo real que se paseaba indolente en el estrecho jardín que le dejó el corte tiránico de la Avenida de la Paz” (2).

Y hasta ese corral de ultra Mapocho llegaba a visitarle la permanente compañera de sus horas, la única fiel, la única a la cual podríamos dar el nombre de consorte de este hombre que murió orgullosamente soltero: la melancolía, generalmente como reminiscencia de los años mozos.

“Como ustedes ven, mi corral no pasa de ser un palmo de tierra; pero así y todo, yo vuelvo a gozar dentro de sus muros humildes, de una segunda niñez de mi corazón y de mi espíritu, que me lleva el tiempo en alas de los sueños infantiles y me hace tan feliz

(2) *El Mercurio*, 10 de agosto de 1912. Aparece suscrito por tres asteriscos, uno de los habituales seudónimos de Díaz Garcés.

a mi modo, que desde muchos años atrás no se me cae un pelo por ninguna pena ni por ningún cuidado. Mi corral me ha enseñado la ciencia de la vida, curándome de trajines y ambiciones; él me ha descubierto un sinnúmero de placeres tranquilos, los placeres incomparables que la naturaleza guarda para los que aman y estudian, y a él, en fin, debo el sano apetito de que disfruto y el don de dormir invariablemente ocho horas corridas de un sueño que no turban ni afanes de negocios, ni siquiera negocios de amor. Los temblores y los incendios los leo en los diarios, cuando llego a leer diarios”.

* * *

*El Herald*o, diario santiaguino que envió a Riquelme como corresponsal a la guerra, comenzó a publicarse en Santiago el 12 de agosto de 1880 y era redactado por Abraham König. Los artículos del corresponsal se dieron a luz con el título de *Cartas del Ejército* desde el 15 de diciembre de aquel año, el primero de ellos con la firma completa. Hay un segundo, en 25 de diciembre, sin firma, destinado a describir muy animadamente la salida de Arica del ejército que iba a emprender la expedición a Lima, en el cual el autor explota la forma de diario íntimo y prodiga rasgos novelescos y sentimentales al modo que hará después en los *Chascarrillos*. Podría decirse, en suma, que estas correspondencias anuncian la serie de más adelante y aun se podría sugerir que fueran recopiladas. Como prueba de lo que decimos he aquí un fragmento de la nota en que se cuentan los preparativos de la salida de Tacna.

“Domingo 12. En el primer tren se van el general Sotomayor y su estado mayor y el resto de la tercera ambulancia.

“A la una y media de la tarde los navales entran a la calle del Comercio en tren de campaña. Qué hermoso espectáculo. Bajan la calle como si dijéramos del Alto del Puerto hacia la Plaza de Armas. Mil hombres por mitades. Al centro la banda de música que no toca sino Yungay y Canción Nacional.

“Todos los soldados llevan los fusiles embanderados.

“¡Qué loco entusiasmo!

“Si sobre la marcha reclutaran gente, los mirones se afiliarían en las líneas compactas que giran uniformes como si fueran barras de acero.

“Una llama domesticada, llena de cintas y flores, corre y juega a la cabeza de la banda, lanuda cantinera del regimiento.

“¡Qué símbolo de todas las ideas y juicios que me trago, podría ser este animal, salvaje y rebelde, como todos sus paisanos, hoy su amiga y camarada!

“¡Abandona sus campos, todo lo que ha visto y querido desde que nació en estos valles, por seguir sin pasto y sin agua, a gente que no conoce!

“Instantes después, desfila el Aconcagua, un batallón.

“Grandes, formidables, toscos y severos. Después de los navales con sus brillantes uniformes y su popularidad en los salones, es el poncho al lado del frac. Todos unidos, sin embargo, en un pensamiento común. Todos hermanos, todos iguales ante la misma idea: Chile.

“¿Quién distingue?

“La estación está repleta de gente. Soldados, canacas, zambas y cholos a millares. Abrazos que arrancarían un roble, hurras que mueven las hojas de los árboles. ¿Quién diría que estamos en un pueblo enemigo, que los conquistados despiden a sus vencedores y verdugos?

“¡Rotos de Chile! ¡Recuerdos de mi tierra!

“¿Qué podría imaginar yo más grande, más expresivo que las lágrimas de las cholos, que corren por esas caras como perlas sobre una pizarra? Los rotos se ríen a carcajadas.

“Han pagado sus cuentas con amor y les parece que les quedan debiendo”.

Luego Riquelme pasa a narrar el viaje de la División Lynch en su navegación de Tambo de Mora a Cerro Azul (4 de enero), de Arica a Pisco (5 de enero), y en seguida el desembarco en Curayaco (6 de enero), noticias sobre los campamentos de Lurín y de Pacha-

camac (7 de enero) y de Curayaco (15 de enero). La descripción de los campamentos es animadísima, como puede verse en el fragmento que sigue.

“Si alguien quiere tener idea de lo que es el conjunto de cada campamento no tiene más que figurarse un gigantesco paseo al campo. En cada grupo se ha construido una ramada de hojas verdes, que adornan con banderas, cabezas de plátanos y otros distintivos.

“Es algo como el golpe de vista que ofrece la cancha de carreras de Viña del Mar el día de su gran fiesta de octubre.

“Una que otra tienda altera el fondo verde del conjunto, que es el más animado y pintoresco que puede imaginarse, con aquel mundo de gente que pulula en torno a las ramadas, que ríe, canta y se ocupa en mil quehaceres diferentes, desde el lavado de la ropa, la cocina y la costura hasta las matanzas de animales, trabajo de zapatería, fragua, peluquería, cuanto hay en este mundo. La fantasía de los soldados encuentra en esta vida especial de aislamiento íntimo en medio de esa gran muchedumbre que le rodea, ancho campo en que lucir sus caprichos tan originales como agudos.

“Por los callejones se oye pregonar cuanto no existe en esta tierra, sino en sus recuerdos:

“—Papas y frejoles, buen medio.

“—Guindas y cerezas negras.

“—Uva blanca y de la otra.

“—Alguna cosa de tienda.

“Pero, en fin, sería cuento de nunca acabar si pretendiera expresar con todos los detalles que me la han formado, la convicción de que el roto chileno es un tipo único en el mundo, que puede pecar de pillo pero de tonto ninguno, avenido con todos los climas, ceñido a las circunstancias, y alternativamente perezoso, incansable, frugal hasta el ayuno y goloso hasta el empacho, galante, enamorado, con ribetes de cantor y de poeta y riéndose siempre de la desgracia que le viene, como de alguien que viniera a poner en duda la fuerza de su resistencia”.

En este artículo figura también la curiosa anécdota del soldado

a quien estaba el cirujano operando en la ambulancia, y que a fuerza de hundir el escalpelo y de escarbar en la herida, fue interpelado por el paciente, que por cierto sufría todo aquello sin anestesia alguna:

—Déjese, señor. Ya se le puso que tenía bala.

Riquelme cita el caso como testigo de vista y lo comenta diciendo: "A veces llego a creer que todo dolor les parece broma". Entre las muchas páginas escritas en torno a la guerra por el activo cronista de la campaña, no pocas podrían citarse en que se muestran ejemplos similares de estoicismo ante el dolor.

Mientras tanto, el diario daba el 20 de aquel mes la noticia de la rendición de Lima que le había transmitido el telégrafo, y el corresponsal se quedaba muy atrasado con sus extensos despachos para los cuales debía necesariamente emplear la lenta vía marítima. Volvió al relato con el título de *Cartas del Ejército* al informar sobre el campamento de Lurín (26 de enero) en una correspondencia tan extendida que llenó nada menos que tres y media páginas de las cuatro que ofrecía el diario a sus lectores. Más sintética fue, con mucho, la forma que empleó Riquelme para dar forma novelada a la vida de los campamentos en *Bajo la tienda*, como puede verse en el fragmento titulado *Adiós a Lurín*, cuya acción queda emplazada por el autor del relato el 12 de enero de 1881. Alguna vez empleó en estos despachos como firma no *El corresponsal* sino las iniciales A. U. G. (Daniel Riquelme Venegas). Llegado a Lima, no pudo escribir inmediatamente porque los acontecimientos se precipitaron y no le quedaba materialmente tiempo para redactar; pero en seguida publicó *El Heraldo* dos *Cartas de Lima* (4 y 6 de febrero), en las cuales describía con buen humor y con gracia los sucesos de aquellas jornadas, con pocas noticias sobre los actos de guerra, pero con excelente noción del ambiente que se abría al ejército en la capital peruana. En la segunda de aquellas dos *Cartas de Lima* se lee:

“¡Qué decepción para los peruanos! Los chilenos eran tenidos aquí por verdaderos bárbaros escapados de los presidios, de instintos sanguinarios y capaces de todo.

“Han demostrado todo lo contrario. Su estatura, la buena salud de que disfrutan, la ligereza en todo sus movimientos, en nada diferencian a nuestros paisanos de los europeos.

“Esta opinión la hemos oído expresar, no sólo a los extranjeros, sino también a los mismos hijos del pueblo. Durante el día se les ve ocupados en los más penosos trabajos sin muestras de cansancio y sin pedir auxilio a nadie. Es una raza viril con todos los instintos del trabajo y de la predominación sobre las demás razas de la América, poco habituadas al trabajo y degeneradas hasta cierto punto.

“Su conversación es tan agradable como sensata y razonable, sus modales tienen algo de bruscos, pero en eso se conoce al labriego acostumbrado a la libertad de la naturaleza y cuya rudeza abona por el estado sano de su corazón.

“La sencillez y propiedad de su uniforme confunde al soldado con el jefe. Un simple distintivo los diferencia. Se conoce que son guerreros que van a batirse al campo de batalla y no a lucir sus entorchados”.

Otras dos *Cartas de Lima*, aunque incluidas en un sólo despacho, pudieron leerse también (13 de abril), dirigidas a un Carlos que parece, por referencias dispersas, ser compañero de labores en *El Herald*, repletas de noticias descriptivas de Lima como ciudad. El mismo destinatario aparece mencionado en otras, tituladas *Cartas del Perú* (1.º de mayo), en las que se alcanzan a divisar nuevamente rasgos similares a los de los *Chascarrillos*; en las dos publicaciones la firma es sólo Daniel. Con las iniciales D. R., en cambio, aparecen más *Cartas de Lima* (5 de mayo). También de este período son otras notas, como el editorial dedicado por *La Actualidad* de Lima al doctor Allende Padín con motivo del viaje de regreso de éste a Chile, que fue reproducido en *El Herald* el 1.º de junio con la firma completa de su autor, y la reflexión sobre la candidatura presidencial de Baquedano en la cual se lee:

“La candidatura de un militar afortunado, sin experiencia, sin talento ni saber, ni siquiera con una gloria verdadera, cuyo prestigio momentáneo trata de explotar un círculo compuesto en parte, como

los conservadores, de hombres honrados, es cierto, pero que no pueden ni llegarían jamás al poder sin esta maniobra tan hábil como desleal e indigna del patriotismo que han observado durante la guerra, y en parte de muchos políticos de escuela peruana, los únicos hombres en Chile que, en el tiempo que yo he alcanzado a ver, han sido tildados de poca delicadeza en los puestos públicos que han desempeñado, y que, aunque pocos, se tragarían a aquéllos, porque son todos, como se dice en jerga de campaña, mucho peine —peine de dientes bravos.

“La otra cara de ese peligro es la riqueza. ¡La riqueza del Perú! ¡Caja de Pandora! que amenaza pasar a nuestras manos que han sido manirrota cuando han tenido algo entre sus dedos, como los campos de Arauco.

“¡Y qué era la cuestión de Arauco al lado de Tarapacá!

“Que Dios nos tenga de su parte...

“¡Las riquezas que van a quedar en nuestro poder son las que han hecho a los ladrones del Perú!

“Los gobiernos que han labrado la ruina en que vemos al Perú, son los gobiernos de los soldados felices, adulados, embriagados y explotados por sociedades anónimas constituidas en bandos políticos...

“He llegado sin quererlo a esta conclusión, impuesta a mi espíritu por el hilo de mis reflexiones.

“Si sintieras como yo, cuánto redobla la distancia el cariño del país, comprenderías las angustias que sentimos entre lo que hemos visto y aprendido aquí y lo que hemos visto allá”.

El Heraldo puso término a su vida el 14 de agosto de 1881 y con ello quedó cerrada la tribuna que se había abierto transitoriamente a Riquelme.

* * *

En los años de Riquelme las fronteras entre el escritor y el hombre de sociedad no estaban tan grabadas como hoy, y era frecuente que el primero procurara emular al otro en la exquisitez del atuen-

do, en los gustos y en las ocupaciones. Hay un difundido retrato de Riquelme en que se le ve metido en ropas flamantes, de corte espléndido, alto cuello y chaleco ribeteado de blanco, cadena de oro para sostener el reloj y, en la mano derecha, un tabaco. Si no lo supiéramos, juraríamos que "eso" no escribió en su vida otra cosa que cartas a los amigos y billetes de amor a las conquistas de salón o de calle. Pero todo aquello no pasaba de ser disfraz. El autor vivió en un baile de fantasía y le fue preciso acudir al vestido que convenía llevar, dadas las circunstancias; y de esa comparecencia en el baile ha salido también una desfiguración del carácter de Riquelme, a que conviene poner coto.

Si le juzgamos por el estilo —breve, periodístico, de giro suelto y, en fin, muy poco ornamentado— aceptaremos que fue hombre frívolo; pero si descendemos a la raíz de la obra tendremos que convenir en que dentro de su pecho convivían con el *galantuomo* el periodista y el ciudadano.

Riquelme, sin embargo, no era luchador, y en materia de coraje se limitó a observarlo en los compañeros que le deparó la Guerra del Pacífico, porque a ella no fue como guerrero sino como miembro del cortejo civil, de la administración castrense, o, como se decía entonces, de *cucalón*. En cuanto pudo, lejos de su amada ciudad natal, se convirtió en periodista para secundar al general Lynch en el gobierno que había establecido en Lima, sin perjuicio de ser también funcionario de la Aduana del Callao. Estas labores de oficina eran las únicas que condecían con la organización espiritual de Riquelme, fuera de las del periodismo. Tampoco en éste hizo otra cosa que la tarea quieta y sosegada del redactor que va bordando sobre los hechos del día el comentario risueño, amable, intencionado a veces, donde resaltan por lo común la condescendencia del hombre de mundo y la amabilidad del cortesano.

Pero como admirador del coraje ajeno no tiene par en las letras chilenas, y de sus conversaciones con los jefes y oficiales del ejército en la Guerra del Pacífico extrajo el caudal de su libro más logrado y duradero, *Bajo la tienda*, y de los muchos artículos que le hacen

cortejo. Riquelme vertió allí, a lo novelista, el cuadro sociológico de su época. La guerra sacó a los hombres de sus habituales oficios y de sus ocupaciones cotidianas, improvisó jefes y sobre todo soldados, exigió sacrificios a los que podían parecer cobardes y prestó ambiente de aventura riesgosa a quienes, en la vida civil, habrían parecido incapaces de alejarse más de dos cuadras de su casa. Todo esto lo narra Riquelme en sus páginas en forma despreocupada, como si no tuviera importancia; y esto porque, realmente, en sus días no tuvo ninguna. Fue la cuota que la patria exigía a sus hijos en la prueba tremenda de la guerra y todos la entregaron sin chistar, muchos sin pedir siquiera una ulterior recompensa. Entre estos últimos figura precisamente Riquelme, que después de haber estado en el Perú volvió a Chile a reanudar las tareas que en la burocracia y en el periodismo había dejado interrumpidas.

Sus cuadros de la campaña tienen además otra virtud sociológica; muestran la solidaridad de clases que se produjo durante la guerra, la cual permitió que se acercaran hombres que en la vida corriente habrían estado naturalmente divididos por profundas diferencias de fortuna, de educación y de nivel social. La guerra emparejó a los chilenos. Muertos de fatiga y de sed en el desierto, respirando arena y sudando a chorros, los jóvenes petimetres y los rudos labriegos parecían una sola y misma cosa. Juzgando este aspecto de su obra, *Alone* escribía a la aparición de los *Cuentos de la guerra*:

“Cronista nacional de la guerra durante las operaciones, por sentimiento y por deber patriótico debía acentuar Riquelme la nota heroica, el valor del soldado, su resistencia, su empuje, sus cualidades militares, con todo el peligro de exageración y monotonía que trae la repetición. Su malicia juguetona lo salva de semejante escollo, y no hay, por otra parte, en sus páginas demasiada abundancia de leones, tigres, cóndores ni pumas; hasta se da el lujo de relatar un rasgo de cobardía y otro de ignorancia, dignos, en verdad, de la escena cómica. Tras algunos rodeos y no sin precauciones comprensibles, refiere el caso de un soldado que, involuntariamente, se atrasó en el ataque, y corriendo tras la columna de batalla, no muy deseoso de

alcanzarla, divisó, agazapado, en sitio seguro, nada menos que el cuerpo de su propio comandante. Ahí mismo el roto tira el rifle, y, haciéndole a su jefe fiel compañía, con el tono y el ademán de quien se sacrifica, exclama:

“—¡Donde muere mi comandante, ahí muero yo!” (3).

Y mientras el elegante oficial debía atender al soldado que se desangraba a su vera, el asistente fiel y querendón alegraba las horas muertas del campamento o de la guarnición contando chascarros a los jefes. Todos habían salido de Chile con la ilusión de vencer, y no podían separarse hasta no lograrlo. Separarse, entiéndase bien, lo que equivalía a decir que durante la campaña habían de mantener el contacto de codos, la familiaridad que no excluye el respeto a la jerarquía y el fiel cumplimiento de las disposiciones superiores, sin las cuales la guerra pasa a ser lucha de montoneros.

Para redactar las impresiones de campaña en que se basaba su libro, el cronista se colocó en actitud modesta, de simple testigo, y con frecuencia citó nombres propios de personas a quienes se podía consultar sobre la veracidad de los hechos narrados. Por lo que toca a la parte que el autor (ya que no podía negar su calidad literaria) necesariamente había de reservarse en el logro, Riquelme hablaba de su “tarea de simple y quiteño pintor de retablos callejeros”. Decir *quiteño* en el ambiente artístico de la época era decir ingenuo, primitivo, porque efectivamente los cuadros a quienes se daba por extensión el nombre de quiteños, generalmente reducidos a episodios de vidas de personas divinas y de santos, si por algo se distinguían era por la ingenuidad de los rasgos, la falta de perspectiva y el aire casero del conjunto. Pero también se nos permitirá detenernos algo más en el calificativo de callejero. Riquelme sentíase pintando al aire libre, atravesado por las miradas de todos, ya que el esfuerzo bélico había comprometido a la nación entera y de todo libro encaminado a evocarlo podía preverse que sería leído con atención. Nadie habría querido pasar a la historia, siquiera por la vía del comentario nove-

(3) *La Nación*, 19 de marzo de 1931.

lesco, en actitud desairada, y todos tenían derecho a pedir al escritor cierta patente de fidelidad en la observación, cierto pulso discreto.

Finalmente, en *Bajo la tienda* debe señalarse la existencia de sutiles alusiones, muy discretamente sembradas por aquí y por allá, a los clásicos españoles. Se ve que el autor había leído el *Quijote* y que lo tenía presente, por lo menos en la inmortal figura de Sancho Panza, que solía comparecer en la parla rústica del soldado; y es significativo señalar que en la última sentencia del libro se hace la siguiente reflexión: "cada roto tiene en su caletre una chispa de Quevedo".

* * *

Un frívolo tal vez habría dejado que corrieran los días sin ocuparse mayormente en ayudar a la justicia de la historia; pero Riquelme, sin ser luchador, se dio cuenta de la grandeza que tuvo la obra de Lynch y se propuso reparar el olvido que la estaba ya cubriendo. Cuando fueron sepultados en Santiago los restos de Patricio Lynch, Riquelme subió a la tribuna y pronunció un hermosísimo y justiciero discurso. Hizo más. Así como en *Bajo la tienda* había estado narrando los episodios de la guerra con la mirada fija en los soldados, cuya psicología adivinó como nadie, en los *Recuerdos del general Lynch* escribió una especie de biografía novelada de este personaje, tal como a él le había sido dado contemplarle. Del ambiente polvoriento de los combates, en que Lynch había probado el temple de su alma, pasó en seguida con su héroe a la elegancia de los palacios; y como todo le gusta decirlo con extrema sencillez, he aquí algunas de sus oportunas referencias:

"La silla del general en jefe era casi un trono, y conquistadores y virreyes se habían sentado en ella. El general gustaba bien poco de la compañía de sus ayudantes en las visitas que hacía a Lima. Ordinariamente andaba solo, a pie y sin espada".

Otra estampa:

“El general vivía en Lima como dentro de una casa de cristales... Supo ser tan grande y austero en su vida privada como fue grande y glorioso en su vida pública...”

Estas generalizaciones que hace el autor sobre el carácter que revistió en Lima la administración de Lynch, aceptadas después por la historia, adquieren mayor precio si se las contrasta con la fama de *galantuomo* que revestía aquél a su llegada al Perú. Refiriéndose a esto, con suma discreción, Riquelme dice que “a fuer de cronista prolijo debo declarar que en todo caso el general disfrutaba en Lima de un hermoso veranito de San Juan, magnífica tarde de aquella juventud que aún recuerdan las antiguas vecinas de Valparaíso”. Y dicho esto son discreción elegante, se pasa a otra cosa.

Apuntamos el hecho de que la historia ha venido haciendo justicia a Lynch, aun cuando para ello fuera preciso dejar en segundo término algunos de los más salientes sucesos de armas de la Guerra del Pacífico; porque al cabo de los años se conviene en que no menos difícil que ganar las batallas fue, después, no perder la paz. A Lynch, desde su trono virreinal —como se ha solido decir—, correspondió ese papel. Los hombres de hoy lo aceptan gustosamente, pero debe confesarse que la rectificación histórica comenzó a hacerla, a lo escritor, el periodista Daniel Riquelme, que le acompañó en aquellas horas de probación dura y hasta angustiosa.

* * *

Inmediatamente después de terminada la Revolución de 1891, Riquelme dio a conocer sus impresiones de ocho meses de vida en Santiago en la serie titulada *En tiempo de los pacos*, que dio a luz en *La Libertad Electoral*. Como funcionario, se había quedado en Santiago, en contraste con la mayor parte de la juventud ilustrada que había salido, generalmente en forma subrepticia, a enrolarse con las fuerzas del Congreso establecidas en Iquique. En el fondo de su corazón, era opositor a la política de Balmaceda, cual se revela muy

acertadamente en aquellos artículos, en donde el estilo blando y muelle, tan general en sus producciones, adquiere cierta intensidad que sirve para revelar muy a derechas el estado psicológico en que fueron observadas las escenas descritas. La Junta de Gobierno que pasó de Iquique a Santiago a continuar su obra administrativa, distinguió a Riquelme en el grupo de quienes se habían quedado en la capital durante el período de la Dictadura, y le confirmó en su cargo de jefe de la sección de Obras Públicas del Ministerio respectivo, por decreto de 23 de septiembre de 1891. Esto por lo que toca a la actitud política que Riquelme observó en aquel tiempo; en lo que se refiere al aprovechamiento literario de sus experiencias dos palabras más.

Riquelme aplicó el título alegórico de *En tiempo de los pacos* a esa serie, porque a su juicio fueron los agentes del orden público policial, a quienes popularmente se llamaba en Chile *pacos*, los que iban a dar tono al ambiente. El gobierno de Balmaceda les empleó en la lucha, y los pacos, difundidos por todos los barrios de Santiago, allanaron domicilios, detuvieron sospechosos y, cuartel adentro, infirieron suplicios a los detenidos para hacerles confesar o el paradero de la junta revolucionaria o el emplazamiento de la imprenta desde la cual se emitían proclamas sediciosas y periódicos de oposición. Dentro del intento de amenidad que se ve reinar siempre en las producciones de Riquelme, no extraña ver aquí también la nota humorística, la sonrisa y el sarcasmo sutilmente insinuado; pero observamos asimismo la explosión del ciudadano que se siente vejado en sus fueros por el agente de la autoridad a quien ésta ha revestido, imprudentemente, de atribuciones que no calzan con el nivel de su cultura o de su extracción social. Así se ve en este fragmento:

“Los encuentros de la juventud con la policía en los alrededores del Congreso; las batidas de ésta en las calles, en la plaza principal y dentro de los mismos portales, a sable y caballazos —¡cosa no vista anteriormente!—, habían montado en son de combate el ánimo de esos guardianes del orden, y lo que era un asunto político del Cuerpo, convirtiéndose para ellos en una irritante cuestión personal. Y el paco,

espaldeado por su cuartel y éste por un ejército, quedó lanza en ristre y desde lo alto de su rocín, de tú y vos con el futre desarmado e impotente. Los malos ejemplos venidos de arriba, la impunidad garantida y las incitaciones cotidianas llegaron a dar a ese estado ya psicológico las proporciones de una verdadera locura, que en los últimos días fue tan terrible para los amigos como para los contrarios; porque nunca se hará obra más peligrosa, por un hombre o un partido, que la de remover en provecho de intereses de circunstancias, las malas pasiones que dormitan en el fondo de toda plebe ignorante y de suyo bravía.

“Esto se consigue en un día si se quiere; pero ni en un año se restablecen las cosas a su estado normal”.

En medio de otras amenidades sembradas en el escrito, he aquí una escena significativa.

“Tan generalizada estaba la convicción de que todo caballero era contrario a la Dictadura, que un clérigo que parecía del campo por lo expansivo y el hablar para todos, le salió con ésta a un joven que viajaba en un tranvía, después de ligera discusión:

“—Ud. es opositor.

“—Al contrario, gobiernista —respondió el joven.

“—Ah, no, mi amigo —replicóle el cura socarronamente—: tiene Ud. muy buena cara”.

Los días que hubo de pasar Riquelme en Santiago, de enero a agosto de 1891, fueron sin duda sombríos. Un ambiente de terror policial indisimulable reinaba en la ciudad, acallaba las conversaciones que pudieran parecer indiscretas, cerraba a destiempo las puertas de las casas y sometía a los ciudadanos a toda suerte de prudencias estudiadas para sortear los obstáculos de las calzadas interceptadas por la fuerza de línea y por los piquetes de vigilancia. Nadie podía circular en ciertas horas sin salvoconducto, el cual se libraba en las oficinas de la Intendencia sólo a petición del interesado; y ya se verá, más adelante, a quién debió el cronista el haber podido dar vueltas por la ciudad que parecía sitiada. He aquí una estampa nocturna de gran relieve:

“La misma Moneda, descontando su imponente aparato militar, tenía también sus horas de soledad; después de cada mala noticia, diz que los amigos se alejaban y los empleados eran licenciados hasta nuevo aviso.

“Corregido el daño o reforzados los ánimos, la procesión seguía su curso; recogíanse las tarjetas de entrada y se repartían por listas otras de nuevo color. Las rosadas servían para las habitaciones de la Presidencia, en cada una de cuyas puertas velaba un centinela. En la escalera de mármol se escalonaban cinco y seis de punta en blanco; rotos formidables que con su varonil apostura y la marcial cortesía de viejos soldados daban mayor realce a los groseros modales de los llovidos y asoleados que custodiaban las calles.

“De noche, las bocacalles que conducen al palacio eran ocupadas por destacamentos militares que llenaban la vía, impidiendo todo tránsito.

“El silencio sepulcral de la ciudad solía turbarse a veces por grandes alborotos que se escuchaban desde lejos: caballería al galope, era un perseguido; carruaje escoltado, un preso; calle sitiada, un allanamiento”.

Debe notarse que estas páginas fueron escritas al calor de los acontecimientos, pocos días después de haber sido derrocada la administración Balmaceda. Así y todo, en el escrito reina grande impasibilidad. La condenación al régimen caído surge de los propios sucesos evocados; jamás el autor se atreve a formularla por su cuenta, fiel siempre a su destino de escritor risueño y liviano. A manera de colofón de la serie y de estas observaciones, he aquí cómo pudo Riquelme sortear los pasos difíciles en las noches de la Dictadura:

“Una pregunta se les ha de ocurrir a muchos:

“—¿Y Ud. cómo andaba por las calles tan fresco?

“Muy sencillamente: era por las noches don Juan Escudero, co-rista del Politeama y ciudadano español, en virtud de un pase libre de la Intendencia, que no llegó a manos de su dueño, al cual envió desde aquí mis sinceros agradecimientos por las emociones que me

ha proporcionado mediante su nombre, su nacionalidad y su pacífica profesión”.

* * *

Algunos rasgos de ingenio rescatados del abandono de la conversación amistosa vendrán también a punto para completar el bosquejo de este carácter. De la charla de club, en la cual Riquelme fue diestro esgrimista, Luis Orrego Luco a su muerte recordaba una anécdota picante. Se hablaba de las edades y uno de los personajes presentes dijo:

—Yo tengo cuarenta y cinco años.

Todos mostraron estupor, si bien se guardaron cualquier comentario ya que temían herir la vanidad del sujeto que se estaba quitando a lo menos dos lustros, según los cálculos de Orrego Luco. Riquelme sí le replicó:

“—Lo creo —murmuró Riquelme con aplomo y mirando cara a cara al que hablaba—; lo creo; usted debe tener cuarenta y cinco años, pero de cuarenta y ocho peniques” (4).

Emilio Rodríguez Mendoza le encuentra en la calle y haciéndose eco de alguna noticia de salón, le pregunta por su próximo viaje, que el escritor ha anunciado a sus íntimos. Lo niega, a pesar de que se encuentra dispuesto ya a emprenderlo, por consejo médico, y al colega en fin le dice:

“—¡Hace cinco años que no paso por la calle de San Isidro, y voy a ir a Europa!”

Practicó a lo largo de toda su vida cierto dandismo, que estaba por lo demás en el ambiente de la época y dentro del cual, por lo tanto, Riquelme no llamó la atención por excesivamente elegante. La baratura de los precios de entonces permitía a cualquier joven no cargado de grandes responsabilidades económicas, vestir bien y hasta con refinamiento. Riquelme elegía a conciencia la corbata vistosa, el

(4) *Zig-Zag*, 17 de agosto de 1912.

chaleco de fantasía, el calzado de reluciente cabritilla y el bastón con empuñadura cincelada. Y un día un amigo que le encuentra en la calle le señala discretamente el aire ausente, tal vez alguna delgadez en las facciones, a lo cual Riquelme contesta con una reacción muy especial. Nada de eso: se siente enfermo de veras, y señala el rasgo de la indumentaria en que a su juicio se trasunta la hondura de su mal:

“Cuando veas —le dice— un hombre a quien le queda grande el sombrero, piensa que su muerte está próxima. Y yo le tengo que poner papeles a los míos” (5).

Carlos Silva Vildósola, antiguo compañero de prensa de Riquelme, dio noticias de la enfermedad y de la muerte a uno de sus colegas de *El Mercurio*, y la carta que se publicó allí (12 de noviembre de 1912) es un completo informe sobre aquel trance final. “Riquelme —se lee en ese patético documento— estaba absolutamente perdido cuando llegó a Europa”. En otra parte se preguntaba: “¿Por qué no se quedó en París, donde, por lo menos, tenía numerosos amigos?” Alcanzó en Lausana a atenderle su compatriota el doctor Lucas Sierra, quien “declaró como los especialistas que antes le habían examinado que era un hombre perdido”. Y aunque Silva Vildósola no fue testigo directo de lo que entonces ocurrió, porque en esos días no se encontraba en Lausana, he aquí un vívido cuadro fraguado sobre noticias de quienes presenciaron la agonía:

“El pobre *Conchalí* no quería morir. Se rebelaba contra su próximo fin. Hablaba de salir de la clínica, de recorrer las orillas del lago y las colinas pobladas de bosques y viñedos que rodean a Lausana. Uno de los últimos días pidió a las enfermeras que lo vistieran para salir, pero no pudo dar ni un paso”.

Al recibir la noticia del fallecimiento, el Ministro de Chile en París, el doctor Puga Borne, que era muy afectuoso amigo de Riquelme, hizo viaje a Suiza para atender a los funerales. Quedó ente-

(5) *Cuentos de la guerra*, página XXI las dos anécdotas dentro del estudio firmado por Mariano Latorre.

rrado en el cementerio de Montoie, vecino a Lausana, y en su lápida se lee, según informa Silva Vildósola:

Ci git
Daniel Riquelme
né à Santiago du Chili
mort à Lausanne
le 9 Aout, 1912

“¡Qué ironía del destino —comenta el periodista— hizo que este hombre en quien se encarnaba el viejo espíritu nacional, que tenía el sentimiento más profundo, más tierno, más genuino del alma chilena, viniera a morir en Suiza y quedaran sus restos sepultados sobre una colina a orillas del lago Lemán bajo una inscripción en francés!” (6).

* * *

En su tiempo, y con motivo de su muerte, se dijo de Riquelme que había competido con Vicente Grez y con Carlos Luis Hübner para poseer el cetro de la charla risueña y aun elegante. Los tres fueron periodistas eminentes y dejaron buena fama de conversadores insignes. Riquelme, sin embargo, aventaja pronto a los dos competidores si procuramos ver quién sigue más presente en la memoria de la posteridad. Sin contar los tesoros de ingenio y de gracia que han debido quemarse en la conversación como se quemaban los habanos y los cigarrillos, de Riquelme nos quedan obras que circulan todavía entre nosotros, que los editores publican y los lectores leen. No hay trampa alguna en este fenómeno de reviviscencia. Lo estamos comprobando a cada paso, ya que el nombre de Riquelme corre como el de un cronista que estuviera vivo y prestara, como los con-

(6) *El Mercurio*, 12 de noviembre de 1912. Fragmentos de carta de Carlos Silva Vildósola dirigida a un compañero de redacción.

temporáneos, el concurso de su lengua amena y chispeante para desarrugar el ceño de quien lee los diarios.

El estilo de Riquelme, blando, muelle, insinuante, nada agresivo, parece haber nacido de la conversación antes que de la lectura, y con frecuencia da la impresión de ser efectivamente una charla de sobremesa, en la cual se concede la palabra por algunos momentos a quien tiene algo que contar. Riquelme, por lo demás, tenía mucho que decir de lo que había visto en el Perú; y después, cuando se agotó aquella cantera, siguió divagando amablemente sobre los hechos del día, el tiempo, las efemérides de la ciudad, las menudencias y aun naderías de que se repleta la existencia. Jamás estalla en su página una palabra inusitada o extraña. Habría sido particularmente chocante en él, que aspiró sobre todo a ser hombre de salón y de buen gusto, no por atildamiento sino por hábito bebido en la cuna. Abunda, en cambio, el chilenismo sabroso, expresión acuñada aquí entre nosotros, al calor de nuestras necesidades, o, cuando es castiza —que es lo más frecuente—, aclimatada en Chile hasta el punto de que en España la tienen ya olvidada los cultivadores del purismo. Desde este punto de vista, es autor expresivo, ameno, de grata resonancia para el lector nacido en Chile, y que acaso por eso mismo no conquiste nunca fuera del país la acogida estruendosa y triunfal que otros logran con menos esfuerzo.